

HISTORIA

El Testimonio de Juan Peña, por Alfonso Reyes.

En nuestra literatura americana no abunda el problema moral, la situación ética del hombre ante los sucesos, los seres y las cosas. Estamos todavía en la era del instinto y la descarga de ese instinto: aventura o pasión colma las páginas de nuestros libros literarios. Exponerlo no constituye reproche, pues esta forma de expresión es la que quizá conviene a nuestro estadio cultural, a esa cantidad de realismo no revelado que se agita en el subsuelo de nuestra vida americana. En este sentido los novelistas nos sirven más que esos historiadores de lo externo, tan frecuentes en nuestras tierras.

Pero hubo en México . . . Se reveló en México allá por el año 10 u 11, una generación que surgida en el ocaso de la larga dictadura porfirista, tuvo como tema de contemplación aquello que el materialismo de la tiranía no había considerado. Esa tiranía (como todas) quiso resolver el problema del pueblo apuntando al estómago y esperando superticiosamente que el avance de una técnica transformadora (seis o siete mil kilómetros de ferrocarril, grandes usinas eléctricas) detendría el grito de las conciencias. Mientras Porfirio Díaz hacía construir las últimas líneas de ferrocarril de la tupida red mexicana, una generación estudiaba a los filósofos en la Escuela Nacional Preparatoria; descubría, a pesar del pseudo positivismo científico con que los periódicos y el sistema de enseñanza mistificaban la opinión de entonces, una nueva jerarquía de valores morales y estéticos. Hombres de tanta influencia en la América española de hoy como Alfonso Reyes y José Vasconcelos pertenecen a ese grupo mexicano. Y aunque individualmente sean tan distintos: artista Reyes y apóstol Vasconcelos, contemplativo el primero y hombre de acción el segundo, coinciden en el momento y la conjunción histórica. O a lo menos por opuestos caminos se encuentran en el método crítico y la postura ante lo nacional y lo americano.

Caracteriza a Alfonso Reyes una comprensión que sabe situarse en la frontera precisa de lo racional y lo afectivo; comprensión seguramente la más fina que posea cualquier ensayista de América en este momento. Una prosa que agrega al dibujo clásico el ornamento barroco; ha escrito en esa prosa admirables retratos, interpretaciones de tanto colorido como esa *Visión de Anáhuac*, 50 ó 60 páginas de perfecto estilo que pueden corresponder en nuestra prosa americana a las otras tantas de *San Julián el Hospitalario* en la prosa francesa. Una América fabulosa ya hecha cultura, organizada en ritmo vital, resucita con el colorido de los códigos aztecas en la evocación de Alfonso Reyes. Mente curiosa, equilibrada inquietud, que reúne en la misma armonía creadora al ensayista, al poeta, al filólogo y al erudito. De los relatos de *El plano oblicuo*, tan cargados de vida interior, de arbitrariedad hecha poesía, de misterio romántico, se pasa en la obra de Reyes al comentario sabio—como en sus trabajos de erudición gongorina— o al condensado ensayo o la notícula plena de forma e intención, como en los cinco volúmenes de *Simpatías y Diferencias*. En todo—en la prosa de ficción como en la papeleta del filólogo— la armonía y gracia precisas, ese que en el siglo XVIII se llamaba “el buen gusto”, pero sin el esquematismo antivital de aquella preceptiva. Seguirle por los meandros de una obra tan variada a pesar de sus 42 años es escogido deleite. Escritor que no aspira al gran público porque sabe el lenguaje atinado sin amaneramiento que requieren las minorías.

Ahora un nuevo ensayo, más de minorías que otros suyos, en que toca uno de esos problemas de meditación trascendente, que en nuestra literatura, tan tupida de hechos nimios, parecen excepcional hallazgo. Inquietud ética en el más alto sentido, que la fina sonrisa de su prosa sabe transformar también en motivo estético.

Es un pedazo de biografía; el encuentro por el escritor de una realidad que apunta a su conciencia, le remueve ideas adquiridas, tiende a imponerle un nuevo derrotero moral, el que ha escrito

Alfonso Reyes en *El testimonio de Juan Peña* (*). Viene la obra dedicada a "los dos o tres compañeros que estudiaban conmigo la Etica de Espinosa, en la azotea de cierta casa de México, allá por mil novecientos y tantos". Estos jóvenes que, a pesar de leer a Espinosa, tienen el orgullo de sus exquisiteces intelectuales y disfrutaban de un medio urbano tan próspero como el de la ciudad de México bajo el otoño de la dictadura porfirista, salen a la práctica de sus estudios de Leyes en los litigios de aguas o terrenos de los indios del interior. Van a conocer a los caciques que oprimen a los indios; y hasta el momento de partir de la ciudad, aquello casi se anuncia como folklórica y pintoresca excursión de intelectuales. Antes, un retrato moral de los mozos excursionistas:

"¿Cómo explicarlo? Los muchachos de mi generación éramos —digamos— desdeñosos. No creíamos en la mayoría de las cosas en que creían nuestros mayores. Ciertamente que no teníamos ninguna simpatía por Bulnes y su libro *El verdadero Juárez*. Ciertamente que no penetrábamos bien los esbozos de revaloración que ensayaba en su cátedra oficial don Carlos Pereyra, hasta donde se lo consentía aquella atmósfera de Pax Augusta. Pero comenzábamos a sospechar que se nos había educado en una impostura. A veces, abríamos la Historia de Justo Sierra y nos asombrábamos de leer, entre líneas, atisbos y sugerencias audaces —audacísimo para aquellos tiempos, y más en la pluma de un ministro—. El positivismo mecánico de las enseñanzas escolares se había convertido en rutina pedagógica y perdía crédito a nuestros ojos. Nuevos aires nos llegaban de Europa. Sabíamos que la matemática vacilaba y que la física ya no se guardaba muy bien de la metafísica. Lamentábamos la paulatina decadencia de las humanidades en nuestros programas de estudio. Poníamos en duda la ciencia de los maestros demasiado brillantes y oratorios que habían educado a la inmediata generación anterior. Sorprendíamos los constantes flaqueos de la cultura en los escritores "modernistas" que nos habían precedido, y los academistas más

(*) Río de Janeiro, Oficinas Villas Boas, 1930.

viejos no podían ya contentarnos. Nietzsche nos aconsejaba la vida heroica, pero nos cerraba las fuentes de la caridad. ¡Y nuestros charlatanes habían abusado tanto del tópico de la redención del indio! Sabíamos que los tutores de nuestra política —acaso con la mejor intención— nos habían descastado un poco, temerosos de que el tacto de codos con el resto de la América española nos permitiera adivinar que nuestro pequeño mundo, de hecho aristocrático y monárquico, apenas se mantenía en un equilibrio inestable. O acaso temían que la absorción repentina de nuestro pasado —torvo de problemas provisionalmente eludidos— nos arrojara de golpe al camino a que pronto habíamos de llegar; el de la vida a sobresaltos, el de las conquistas por la improvisación y hasta la violencia, el de la discontinuidad en suma —única manera de vida que nos reservaba el porvenir, contra lo que hubieran querido nuestros profesores evolucionistas y spencerianos!"

"A dos pasos de la capital, nuestra vaga literatura, nuestro europeísmo decadente, daban de súbito con un pueblo de hombres morenos y descalzos. Las cumbres nevadas asean y lustran el aire. El campo se abre en derredor, con sus hileras de magueyes como estrellas. Las colinas, pardas y verdes, prometen manantiales de agua que nunca pueden llegar al pueblo, porque el trabajo de cañerías perturba quién sabe qué sórdidos negocios de un alcalde tiránico. Las espaldas de los indios muestran, a veces, cicatrices. Y nuestra antigua Constitución —poema jacobino fraguado entre los relámpagos de la otra guerra civil y nutrido en la filosofía de los Derechos del Hombre —comienza así: "En la República todos nacen libres. Los esclavos que pisen el territorio nacional recobran, por ese solo hecho, su libertad".

En las afueras de la capital empieza ya la vacilación de los mozos. Y su diletantismo metropolitano y las literaturas decadentes, que hasta entonces los nutrieran, no los preparaban para afrontar esta obstinada realidad. El México de las campiñas es muy diverso de la gran capital burocrática y moderna que enorgullece a Porfirio Díaz:

“Nunca olvidaré las emociones con que recorrí aquella calle. Por todo el camino nos fueron saliendo al paso los indios, los indios en masa. Se arrancaban precipitadamente los sombreros de palma, y casi se arrojaban a nuestros pies, gritando:

“—Nos pegan, jefecito; nos roban; nos quieren matar de hambre, jefecito. No tenemos ni dónde enterrar a nuestros muertos”.

.....

“Y, con una agilidad de danzante, como si representara de memoria un papel, Juan Peña se arrodilló ante nosotros, se puso a llorar, a besuquearnos las manos, a contarnos mil abusos e infamias del mal hombre que había en el pueblo y a pedirnos protección a los blancos, como si fuéramos los verdaderos hijos del sol”.

Ese retorcido asombro de las cosas que uno no puede remediar; un choque en la conciencia —¡a ellos que se sentían tan nietzscheanos y seguros!—, una como subitánea revisión de sus antiguas normas vitales, una responsabilidad abrumadora surgida de pronto, parecen gravitar trágicamente sobre los paseantes. No fue tan divertido y simple el paseo de los hombres urbanos por la campiña. Ya retornan hacia la vecina estación del ferrocarril, en rurales caballejos. Observan:

“Con la noche que se avecina, el campo va echando del seno tentaciones inefables de combate y de asalto. Caemos sobre la estación como en asonada. ¿Quién que ha cabalgado la tierra mexicana no sintió la sed de pelear? Oscuros dioses combativos fraguan emboscadas de sombra, y tras de los bultos del monte parece que acechan todavía al hombre blanco las huestes errantes del joven Jicotencatl. ¡Hondo rumorero del campo, latiente de pezuñas de potro, que se acompaña y puntúa tan bien con el reventar de los balazos!”

Esto ocurría, como hemos dicho, en los últimos días de la dictadura porfiriana. Nada hacía sospechar la futura tormenta. Sólo en el espíritu de Alfonso Reyes y de los hombres de su generación se escribía ya la cifra zigzagueante de un nuevo destino.

¡Hermoso este breve libro que como todos los del maestro mexicano guarda en la disciplina gozosa de su estilo un denso contenido espiritual! Nuestras literaturas sofocadas de instinto informe, con las lianas colgantes de la improvisación y el “dejar hacer”, encuentran en escritores como Reyes el imperativo ético, la clara ordenación de la inteligencia.

Mariano PICON - SALAS

Atenca, Santiago de Chile.

Febrero 1931.

DE LA VIDA MEJICANA

El testimonio de Juan Peña, por Alfonso Reyes

Río de Janeiro, 1930

Aunque escritas y datadas en Madrid en 1923, estas páginas de Alfonso Reyes, se han publicado en Río de Janeiro en el año de 1930. Una saudosa carta de Julio Torri hizo revivir en el artista un episodio de la mocedad que empezaba a perderse en un olvido brumoso. Sin embargo, tal episodio significaba el despertar del autor a la vida y la verdad. Nutrido en la Universidad de su patria, con las mentiras convencionales de los maestros de una generación caduca, un indio que se arrodillaba y le besaba las manos, le descubría en un instante toda la realidad social de su tierra.

El estudiante de Derecho recuerda entonces el párrafo con que comienza la antigua Constitución de Méjico: "En la República todos nacen libres. Los esclavos que pisen el territorio nacional, recobran, por ese solo hecho, su libertad".

Esto pasó en el reinado de don Porfirio Díaz.

El antiguo estudiante de Derecho, es el artista que hoy recorre el mundo para estrujar, en páginas de nítida claridad, la belleza de su hallazgo. Los menesteres de su vida diplomática no secan la rica fuente cordial de que manan sus poemas, en verso y prosa, y estas páginas de melancolía y fuerte evocación que bien valen por un trozo de la historia americana, que ha correspondido hacer a la nueva generación.

Los ocho pequeños capítulos de Alfonso Reyes, muestran el momento inicial de cataclismo, no exento, por desgracia, de las violencias y horrores que todos conocemos y lamentamos. Pero las páginas del artista, tan hundidas en la esencia misma del alma mejicana, están lejanas a toda pasión de política militante. Una emo-

ción humana las hace palpar y una sensibilidad inteligente las viste de ternura y de belleza. Todo ello, sin prédica y sin alardes. Simple y naturalmente, como en la vida.

Los indios que llaman al estudiante de Derecho "señor licenciado" o "jefecito"; la niña descalza que tiene un hijo en brazos y encerrada en su estoico silencio, sólo sabe responder: "Yo ya dije"; el autor que no olvida sus aficiones de filólogo y anota cuidadosamente el significado de la expresión "muchacha de pie a tierra"; los anchos sombreros de palma que saludan a los jóvenes que han salido a hacer justicia en la mañana de Méjico; Alfonso Reyes y sus "dos secretarios" que escuchan, observan y anotan, la naturaleza "que alza sus ejércitos de órganos" y "las manos de la nopalera que fingen las contorsiones de alguna divinidad azteca de múltiples brazos".

Los secretarios están en acción: Mariano, a la hora de sobremesa, inicia una erudita disertación sobre el frijol. Así no lo creerán tan "catrín", Julio "hablaba traduciendo literalmente los modismos franceses".

En la reunión con los indios el estudiante de segundo año de leyes, transformado en hijo del sol, se había visto obligado a "tomar la palabra". Y había terminado con la maravillosa fórmula porfiriana: "Hay que tener fe en la justicia". Fórmula, el autor nos lo advierte, "no comprometedora".

Cuando los estudiantes de la capital emprenden el regreso sienten el "hondo rumoreo del campo, latiente de pezuñas de potro, que se acompaña y puntúa también con el reventar de los balazos". Porque "¿quién que ha cabalgado la tierra mejicana no sintió la sed de pelear?" Una decoración de órganos y nopales cierra el libro junto a unas menudas flores finas que hermanan la fuerza con la gracia. Claro y humilde símbolo del estilo de Alfonso Reyes.

Sin ahuecar la voz con el tono apocalíptico de un magisterio que se ofrece al por menor por esas ferias y mercados del mundo,

Alfonso Reyes es hoy uno de los escasos maestros de América cuya obra puede ser presentada sin temor como un ejemplo de dignidad y de mesura. Nunca, ni en sus más audaces tentativas, abandona el tono clásico. Porque, enamorado del peligro, se asoma a las nuevas tendencias, pero, fiel a sí mismo, no renuncia a la claridad que es el don más fino de la inteligencia. Esta evocación de Méjico es buena prueba de cuanto hemos afirmado. Otro autor, menos seguro, se habría tentado y habría escrito unas páginas congestionadas, enfáticas y violentas. Alfonso Reyes nos ha hablado de don Juan Ruiz de Alarcón; ha recordado las travesuras de los estudiantes de Salamanca; ha citado unos versos de Sor Juana Ines de la Cruz. Y, para que el drama estallara, en su prosa nítida no han resonado otros disparos que el resonar de las pezuñas de los caballos en la tierra del campo mejicano.

Y la sensación de la desgracia de todo un pueblo está en unas breves y tristes palabras que dicen unos indios de bronce: "Nos pegan, jefecito; nos roban; nos quieren matar de hambre, jefecito. No tenemos ni donde enterrar a nuestros muertos". Y Atienzo, el enemigo, no aparece sino un instante en las páginas del libro. Un instante, y de espaldas, mientras los indios cuentan sus trabajos a los blancos y todopoderosos hijos del sol.

Ha situado Alfonso Reyes su acción en el final de una era política, rubricada en forma sangrienta por el resplandor de una revolución que todavía no termina. Tras el Gobierno patriarcal de Porfirio Díaz han venido sucediéndose los ensayos de una nueva organización que ha encontrado apologistas fervorosos e impugnadores tenaces. Nosotros mismos, en más de una ocasión, hemos precisado nuestro personal punto de vista, tan distante del panegírico incondicional, como de la condenación ciega e intransigente. Simpatizando con los fines, hemos repudiado los medios.

Pero estas terribles cosas de la política están, por desgracia, regidas por una voluntad superior a la del hombre que quiere someter las cosas a su arbitrio. La revolución, deidad siniestra, termina

triturando a los que le dieron vida y exaltando a los mediocres y a los traidores que vivieron al margen de ella o que la reputaron empresa peligrosa y hasta criminal. Los mejores, aniquilados por el número, ceden el paso a los más audaces, y el ideal que engendró un movimiento puro, muere estrangulado por el apetito que permaneció en acecho y que sólo apareció en escena cuando vió que la fruta estaba madura. Lo que comenzó como una fecunda agitación espiritual, se transforma en un negocio próspero, y de los lugares más inesperados surgen providencialmente los administradores de la revolución. Es un esquema nada arbitrario. Para trazarlo hemos copiado con una fidelidad casi servil la trayectoria de propias y ajenas experiencias.

Pero todo esto, que toma su arranque de unas diáfanas páginas de Alfonso Reyes, está, sin embargo, bien distante de ellas. Son unas cuantas líneas, que podrá saltar fácilmente el lector amigo de lo literario puro. Pero hay en *El testimonio de Juan Peña* oculto como en el lenguaje de la indita descalza que se limita a decir "si-señor", "si-señor", una palpitación de vida que es también un grito de angustia contenido y heroico. Nunca lo habíamos visto asomar con tanta vivacidad en la prosa de Alfonso Reyes. Conocíamos su maravillosa *Visión de Anáhuac*, el viaje mental a través de sus lecturas en *Simpatías y diferencias*, su estudio detenido y profundo de la poesía de un calumniado maestro en *Cuestiones gongorinas*, algunos de sus versos breves y cristalinos, recogidos en las antologías; pero nunca, como en estas páginas de evocación y de recuerdo, habíamos sentido más fuerte y viva la emoción de la tierra mejicana con todos sus dolores y todas sus esperanzas.

Este mejicano cosmopolita, que ha fechado en Madrid y publicado en San José de Costa Rica y Río de Janeiro sus más hermosas resurrecciones de dos momentos de la historia de Méjico (*Visión de Anáhuac* y *El testimonio de Juan Peña*), no vive sordo a las palpitaciones de su pueblo ni vuelve la espalda a su tierra amada y distante.

Recordemos el final de su *Visión de Anáhuac*, que ha tenido

también una pulcra edición madrileña: "Cualquiera que sea la doctrina histórica que se profese (y yo no soy de los que sueñan en perpetuaciones absurdas de la tradición indígena y ni siquiera fío demasiado en perpetuaciones de la española) nos une con la raza de ayer, sin hablar de sangres, la comunidad del esfuerzo por domeñar nuestra naturaleza brava y fragosa; esfuerzo que es la base bruta de la historia. Nos une también la comunidad, mucho más profunda, de la emoción cotidiana ante el mismo objeto natural. El choque de la sensibilidad con el mismo objeto labra, engendra un alma común. Pero cuando no se aceptara lo uno ni lo otro —ni la obra de la acción común ni la obra de la contemplación común,— convéngase en que, la emoción histórica es parte de la vida actual, y sin su fulgor, nuestros valles y nuestras montañas serían como un teatro sin luz. El poeta ve, al reverberar de la luna en la nieve de los volcanes, recortarse sobre el cielo el espectro de Doña Marina, acosada por la sombra del Flechador de Estrellas; o sueña con el hacha de cobre en cuyo filo descansa el cielo; o piensa que escucha, en el descampado, el llanto funesto de los mellizos que la diosa vestida de blanco lleva a las espaldas; no le neguemos la evocación, no desperdiciemos la leyenda. Si esa tradición nos fuere ajena, está en nuestras manos, a lo menos, y solo nosotros disponemos de ella. No renunciaremos —oh, Keats— a ningún objeto de belleza, engendradora de eternos goces".

Así escribía Alfonso Reyes en el Madrid de 1915. La carta de Julio Torri le ha resucitado el episodio de Juan Peña en plena calle de Alcalá. Y, gracias a esa carta, nosotros hemos escuchado un relato que no se olvida nunca con la misma sencillez del que, sentado a la mesa mejicana, asiste al interesante momento en que "el tónico del picante y los platos calientes excitan nuestro buen humor".

Roberto MEZA FUENTES.

El Mercurio, Santiago de Chile,

15 de marzo, 1931.

NOTAS DE UN LECTOR

Discurso por Virgilio

"Tu duca, tu signore, tu maestro".

Con la bochornosa inopia espiritual de un pueblo que ha perdido por completo el sentido de la cultura clásica, deslizóse entre nosotros el segundo milenario de Virgilio. Ahora, desde la paradisíaca bahía de Riojaneiro, nos llega, como eco de aquella gran solemnidad de la cultura universal, inadvertida en España, el breve libro del mejicano Alfonso Reyes (*Contemporáneos*. México, 1931), cuyo título queda arriba estampado. Es un discurso, no sé si en alguna parte pronunciado, cada uno de cuyos párrafos, preñados de sentido, abre ante nosotros amplias perspectivas hacia los más inesperados horizontes del pensamiento contemporáneo.

En Madrid, y en sus centros de estudios eruditos y tertulias literarias, es inolvidable la figura y personalidad de Alfonso Reyes, que después de pasar en nuestra villa largos años de trabajos, en tiempo de desdichas políticas en su patria, soportadas siempre con ejemplar ecuanimidad y alegría, salió de nuestro mundillo, con el cual se había connaturalizado, para ocupar altos puestos en la diplomacia de su nación: embajador en París, en Buenos Aires, en Río . . . Con fraternal afecto, subsiste viva entre nosotros la memoria de aquel risueño idolillo azteca, tan agudo de mirada como romo de narices, indeciblemente agudo, activo, despierto, todo bondad y simpatías, que sabía extraer una burlita de cada una de las adversidades que la suerte se complacía en lanzar contra él, en medio de las cuales jamás perdía la serena elevación de su ánimo. Se han sentido amigos suyos cuantos le han tropezado.

Con periodicidad, cada tantos meses, las incontables amistades que ha ido creando por uno y otro continente reciben ahora una